

SERMON

DE SANTA EULALIA DE MÉRIDA.

(DE LÁZARO GARCÍA.)

Inveni quem diligit anima mea ; tenui eum, nec dimittam.
Encontré al amado de mi alma ; asile y no le dejaré.

Cánt. c. 3. v. 4.

La divina Providencia que tan de cerca vela sobre cada uno de nosotros, nos ha reunido de distintos lugares y nos ha fijado en esta parroquia bajo la proteccion de la gloriosa santa Eulalia, para que nos encomendemos á su intercesion en el cielo, para que tengamos una abogada especial que ruegue por nosotros y para que fijando nuestra consideracion en la vida de esta dichosa vírgen y mártir, imitemos sus virtudes y aspiremos á conseguir la vida eterna, que es la ciencia, el asunto interesante, el único negocio de que debe cuidar todo cristiano. Hoy que celebramos y honramos su memoria, que nos reunimos á recordar sus triunfos y á solemnizar su fiesta ¿qué debo yo hacer en cumplimiento de mi ministerio estando al frente de vosotros para conducirlos á la salvacion, sino valerme del ejemplo de nuestra santa patrona para daros lecciones prácticas de virtud, destruir vuestras frívolas excusas y pretextos y alentaros é inflamaros en el amor de Dios con el que todo se vence y todo se consigue?

En el discurso del año me ha tocado explicaros las verdades inefables de nuestra religion, los premios y castigos eternos, la necesidad de cumplir la ley del Señor, los medios de que debéis valeros para ser buenos cristianos y llegar á ser santos y dichosos para siempre en el cielo, como Dios quiere que lo

seáis; hoy me toca tomaros por la mano, daros una leccion práctica en un ejemplo que no podrá ménos de haceros ver que es posible y fácil con la ayuda de Dios el cumplimiento de los deberes que nos impone el Evangelio. Me toca haceros ver que la religion que profesamos no es impracticable, y convencersos con el ejemplo de una criatura tan tierna, tan frágil y tímida como nosotros, que practicó lo que nosotros hallamos como imposible practicar: de una criatura que confunde todas nuestras excusas, porque en los umbrales de su vida la admiró la España victoriosa del mundo, de los placeres, de sí misma y de los tiranos y los tormentos. Me toca valerme del ejemplo de nuestra patrona santa Eulalia.

Encontrando á su Dios en las aguas del bautismo que sus cristianos padres cuidaron que se la administrase en los primeros dias de su vida, nada fué ya capaz de apartarla de este celestial Esposo: le halló, y no le desamparó jamas. *Inveni quem diligit anima mea, tenui eum, nec dimittam.* Precauciones, ruegos, lágrimas, promesas, amenazas, todo fué nada, saltó de alegría en medio de los tormentos, y apresuró con una santa impaciencia la lentitud de las llamas para consumir su sacrificio y celebrar las bodas eternãs con su celestial Esposo. Nuestra patrona santa Eulalia cubrirá de vergüenza nuestra falta de mortificacion, nuestra ociosidad y nuestra pereza. Haré su elogio, si no de un modo digno de sus grandes méritos, por lo ménos útil y provechoso á nuestras almas, destruyendo con su ejemplo los frívolos pretextos que alegamos para no entrar ni seguir por las sendas de la perfeccion, de nuestra edad, de nuestra flaqueza, de nuestro temperamento y de nuestras costumbres. El ejemplo de perfeccion evangélica de nuestra santa patrona destruye todas las excusas de nuestras imperfecciones. Ved, hijos míos, á lo que voy á encaminar mi discurso, y el pasto de salud que quiero proporcionaros en este dia.

Para que yo obre con acierto, soberano Señor, derramad sobre nosotros vuestra santa y divina uncion: haced por vuestra gracia que este vuestro pueblo acogido á la proteccion de santa Eulalia se encienda en vivos deseos de imitarla. Muévaos á acceder á nuestras súplicas la intercesion de vuestra Madre, á quien decimos con el ángel: *Ave María.*

La edad, el sexo, la flaqueza de nuestra complexion, la in-

compatibilidad del Evangelio con el mundo, ved aquí las excusas con que generalmente queremos acreditar nuestra ociosidad é indolencia en el servicio de Dios... Bajo estos especiosos pretextos, digo, tratamos de sustraernos de la obligacion de vivir conformes con el Evangelio y de negarnos á la perfeccion con que nos brinda, como si el Evangelio no fuera ley para nosotros, solo porque nosotros no quisiéramos que lo fuese. Recorramos los sucesos de trece años escasos, edad completa de nuestra patrona santa Eulalia, y ellos nos harán ver que son vanas é insignificantes todas nuestras disculpas.

Para la observancia de las obligaciones del cristiano, oímos decir con tono enfático, y á fuerza de oírlo nos lo vamos persuadiendo, oímos decir, repito, que para observar la ley del Evangelio es necesario una madurez de entendimiento, una firmeza incontrastable, una perseverancia y sufrimiento de los trabajos y mortificaciones, un imperio sobre todas las pasiones y sobre nosotros mismos, que no parece puede convenir á una juventud tierna, delicada y fácil de dejarse engañar, y en la que no estando aun moderadas las pasiones con la reflexion y la experiencia, parece que salen en tropel del corazon con tal ímpetu, que seria inútil oporterle fuerza alguna: que es preciso dejar apagar estos primeros ardores y esperar á que la razon estando mas sosegada sea capaz de mas seriedad y solidez. Segun el dictámen del mundo á que nos acomodamos con gusto, parece que hay una edad determinada para las pasiones, y que el pudor y la regularidad de vida solamente son virtud cuando una edad mas avanzada nos los hace necesarios, ó cuando los respetos humanos nos obligan á abrazarlos. Santa Eulalia, gloria y ornamento de la ciudad de Mérida en España, que la vió nacer, en la flor de sus años no conoce tesoro mas precioso que su inocencia. Adornada de todos aquellos talentos y dotes que suelen servir para perderla, atiende con la mayor vigilancia á conservarla. Cree firmemente que todas las edades pertenecen igualmente á aquel Señor que es dueño de los tiempos y de la eternidad, y el único privilegio que concede á su juventud, es el cuidado mas atento en huir y apartarse de las ocasiones, en allanarse los caminos para lo sucesivo, y en estrecharse con su Dios, para no desampararle jamas. *Tenui eum, nec dimittam.* Estais continuamente diciendo que es preciso perdonar alguna cosa á la edad; pues yo os digo con el ejem-

plo de nuestra patrona, que precisamente á la primera edad es á la que nada debe perdonarse; que las primeras costumbres deciden regularmente de toda nuestra vida; que en la edad de los mayores peligros, es cuando mas debemos temerlos; que el hallarse mas vivas las pasiones debe ser motivo para que huyamos mas de lo que las mantiene y fomenta. ¿Debe el mundo corromper nuestro corazon ántes que le entreguemos á Dios? ¿Ha de disponer el vicio los caminos á la virtud, y hemos de gozar de todos los placeres ántes de determinarnos á gustar lo suave que es el Señor?

Estas máximas de execracion han hecho con afrenta de la religion santa que profesamos descuidar á muchos padres la educacion y celo con que debieran velar sobre sus tiernos hijos. Concurrencias festivas y peligrosas, canciones y lecturas de entretenimiento, lecciones de baile, de música, de etiqueta; estas y otras semejantes son las instrucciones que procuran dar á sus hijas especialmente los padres del gran mundo, y que se creen los mas privilegiados en él, mirándolas como indispensables para brillar, para hacer fortuna, para pasar por civilizadas y llegar despues á ser señoras. ¿Qué diria nuestro siglo si viera ahora encomendar á los sacerdotes la primera enseñanza de las niñas ricas y distinguidas como los ilustres y ricos padres de santa Eulalia la encomendaron al presbítero Donato? ¿Este siglo en que por tantos medios se procura, no ya solo el vilipendio y abyeccion, sino hasta el exterminio de los sacerdotes? No sé lo que diria, ni sé si podrá aumentarse mas el desprecio y los ultrajes con que hemos visto tratar á los ungidos del Señor. Lo que sé y por desgracia vemos todos es, que de esas escuelas de nuestros dias no salen heroínas de nuestra religion, no salen Eulalias, porque no se buscan Donatos que las inspiren el santo temor de Dios y las instruyan en su ley.

La fragilidad del sexo es otro pretexto que se alega contra las obligaciones y la austeridad del Evangelio. La tierna santa Eulalia ¿no halló en sí misma un valor y una fortaleza de alma á que jamas pudieron llegar los héroes profanos? La capital del universo, la soberbia Roma habiendo adoptado todos los dioses y todas las supersticiones de los pueblos á quienes habia vencido, solamente se manifestaba inexorable con la santa locura de la cruz. Levanta las mas terribles persecuciones, y la mas cruel y sangrienta de todas, movida por Diocleciano, se exten-

dió hasta la ciudad de Mérida, en la que se publicaron los impíos y execrables edictos. En sus conversaciones, en sus hechos, en sus inquietudes habia manifestado la tierna Eulalia los ardientes deseos que la animaban de padecer el martirio. Sus padres para evitar toda ocasion y compromiso se retiraron á una casa de campo algo distante de la ciudad, con la mira tambien de que no llegando á oídos de su hija los estragos de la persecucion, se apagasen los deseos en que la veían de padecer y morir por defender la fe de Jesucristo. Allí, disgustada de su quietud miéntras padecian y eran perseguidos los cristianos, conmovido su corazon, abrasada del celo por la honra y gloria de su Esposo divino, dice al contemplar la desolacion de su pueblo y de su fe: ¿qué volveré yo á mi Dios por tantos beneficios como me ha dispensado? Tomaré con el mayor gusto el cáliz del martirio, é invocaré públicamente el nombre de mi Dios. Sí, amada patria mia, en medio de tus muros, delante de todo el pueblo ofreceré mis votos á mi Dios, y daré un testimonio público de que jamas abandonaré á mi Señor. *Tenui eum, nec dimittam.*

La distancia, la oscuridad de la noche, los peligros, lo escabroso del camino, nada la detiene ni arredra; sale ocultamente de su casa acompañada de una criada fiel y no ménos fervorosa cristiana, entra al amanecer en la ciudad, llega hasta el solio del tirano: ¿qué furor es el vuestro, le dice, qué furor es el vuestro en pretender la perdicion de las almas? Miserables! Si venís á descubrir cristianos, aquí me teneis á mí. Yo soy enemiga declarada de vuestros dioses, yo desprecio vuestros ídolos, y creo solo en un Dios á quien amo con todo mi corazon y confieso con mis labios. Ísis, Apolo, Vénus, y los mismos emperadores Diocleciano y Maximiano, nada son: aquellos porque no tienen mas ser que el que les quiso dar la mano del escultor, y estos porque adoran las obras de los hombres. Maximiano con todas sus riquezas adora en hora buena á las piedras y rinda su cabeza á los ídolos; pero ¿por qué maltrata á los cristianos? ¿Por qué derrama la sangre de los inocentes? ¿Por qué despedaza los cuerpos de los santos? Date prisa, verdugo, quema, corta, divide los miembros de barro; fácil es romper una cosa frágil, pero la fuerza del dolor no será capaz de conmover el ánimo. *Tenui eum, nec dimittam.*

¿Será ya excusa suficiente para obrar segun el Evangelio la

fragilidad del sexo? Pero ¿de qué no es capaz una mujer cuando llega á amar, y se trata del objeto que la posee y la cautiva? ¿Qué valor y qué constancia no manifiesta? ¿Qué sacrificios no hace? Las dificultades la dan nuevo aliento: el sosiego, la reputacion, la libertad, la salud, la fortuna, todo lo atropella la pasion, todos los dias estamos viendo á estas heroínas del mundo que tienen valor para intentar las empresas mas difíciles, que lo sacrifican todo á su gusto, que hallan en su sexo un valor muy superior al del hombre, y que al tiempo de cesarse de la pasion, parece que se olvidaron tambien del miedo, del pudor y de la flaqueza. Pues ¿por qué no han de ser capaces de hacer alguna cosa por Dios? ¿No han de poder hacer por su salvacion lo que pueden hacer por sus caprichos y antojos? ¿Es posible que la pasion ha de poder darnos fuerzas y hacernos superiores á nuestra flaqueza, y no ha de tener el mismo privilegio el amor á Dios y su divina gracia? La salvacion, hijos míos, no pide sacrificios tan grandes, ni abatimientos tan penosos como el mundo y nuestras depravadas pasiones, y con todo eso, no nos atrevemos á hacer la prueba. Jesucristo es un Señor á quien se sirve mas fácilmente que al mundo, es un Señor mas amoroso, mas compasivo, mas indulgente y mas fiel; y nosotros le miramos como á un tirano que hace infelices y desgraciados á los que le sirven. ¡Dios mio! ¡Qué digna de lástima es el alma que tan mal os conoce y tan mal se conoce á sí misma!

Alegamos tambien nuestra flaqueza y la delicadeza de nuestra complexion. ¿Fué esta motivo suficiente en santa Eulalia para temer las cadenas, los azotes, los garfios de hierro, la cruz y las llamas? ¿Qué delicadeza mayor que la de nuestra patrona, tierna por su edad, por su sexo, y por el regalo con que la criaron sus padres? Y sin embargo, ella misma desafía el furor de los tiranos. El horror de su suplicio que asusta aun á sus mismos verdugos, derrama en su corazon y en su semblante una santa alegría. Aun no sabia lo que era padecer, y se manifiesta llena de gozo entre los mas crueles tormentos; y la delicadeza de su cuerpo, apenas capaz de recibir las heridas, tiene ya valor para despreciarlas y para conseguir la victoria. Superior á todos los tormentos, no solo no se afligió con el mas mínimo suspiro, sino que llena de alegría en medio de su martirio, dió uno de los testimonios mas públicos y convincentes de

que todo lo puede el hombre con la gracia del Señor que le conforta. Al ver su cuerpo lleno de heridas y sus carnes esmaltadas con la púrpura de su sangre: ¡ahora sí, Dios mio, decia rebosando de gozo, ahora sí que te escribes en mi cuerpo para mi bien! ¡Qué placer tengo en escribir con mi sangre y leer estos ápices que publican tu poder y tus victorias! Nada, nada podrá separarme de ti. *Tenui eum, nec dimittam.*

Así fué, amados míos, y aunque todos los años recordemos los tormentos y el valor de nuestra santa, siempre tenemos gusto en oírlos de nuevo y nos congratulamos con su heroica fortaleza. La cruel carnicería ejecutada en su pequeño y delicado cuerpo no fué suficiente para disminuir ni alterar la fuerza de su heroico espíritu; y por último atándola á un madero aplican á su cuerpo hachas encendidas y encienden á su redor una voraz y formidable hoguera; la valerosa mártir, léjos de volver la cara al fuego, deseó introducirle en sus entrañas para dar lo mas pronto posible su vida por su Esposo Jesucristo. Abre su boca para beber las llamas, penetran estas hasta lo íntimo, rompen el delicado lazo del espíritu, y sale este visiblemente por la boca en forma de una blanca paloma que sube sin detenerse á los cielos.

¿Se exige de vuestra flaqueza que resistais hasta derramar sangre? ¿Se trata acaso de que ofrezcais vuestros cuerpos á los rigores del fuego, á los suplicios y tormentos? Dios no os pide las fuerzas del cuerpo, lo que os pide es la pureza del alma, y con esta aun el que está enfermo del cuerpo puede decir que es fuerte y poderoso. El Evangelio se cumple principalmente en nuestro interior. El amor, el temor de Dios, el agradecimiento, el sacrificio de nuestros deseos y de nuestras inclinaciones, son unas virtudes tan proporcionadas á los flacos como á los fuertes. Cuanto mas resiste este cuerpo de barro la mortificación y el trabajo; cuanto mas incapaces nos hace de sufrir y padecer, mas obligado está el corazón á suplir con el fervor de su amor y de sus deseos la flaqueza del cuerpo terreno. Es necesario un cuerpo de bronce para resistir las inquietudes, las vigiliias y los abatimientos á que os obliga el mundo y las pasiones, y no obstante la flaqueza de vuestra complexión, alcanza para todo; la falta de salud no es bastante para impedir vuestros gustos; si el desfallecimiento de vuestro cuerpo se niega á vuestros desórdenes, no os perdonais los placeres, y la viveza de vuestras pa-

siones suple la debilidad de vuestras fuerzas. Ya he dicho otra vez que para cumplir los deberes que impone el Evangelio, no se necesita mas que un buen corazón; una voluntad pura y sincera equivale á todo, y Dios nos cuenta las obras que deseamos hacer del mismo modo que las que hacemos en realidad. ¿Y quereis justificar una vida sensual, ociosa, impenitente y entregada á los placeres con la falta de fuerzas y con la delicadeza de vuestra complexión, que os hace impracticables las mortificaciones, como si Dios nos pidiera lo que no depende de nosotros, como si con una carne enferma no pudiéramos tener un espíritu pronto y fervoroso, como si la religion consistiera en las fuerzas del cuerpo y no en las disposiciones del corazón? Entregádele al Señor sinceramente, y sereis fuertes y esforzados.

Últimamente nos excusamos de servir á Dios con la incompatibilidad de la vida cristiana con el actual modo de vida que hoy es preciso practicar en el mundo. Pero ¿acaso consultó nuestra santa patrona si su método de vida y sus santas resoluciones parecerian extrañas y ridículas á sus padres, á sus vecinos ó á sus enemigos? ¿Se detuvo á examinar si unos llamarian temeridad á su empresa y valor, y otros tendrían á su martirio por una extravagancia y locura? ¿Qué cosa mas extraordinaria y mas reprobable, segun el mundo, que renunciar en la primera edad á una fortuna opulenta y preferir el oprobio, los tormentos, los insultos y la muerte, á la quietud, el cariño, las comodidades y el regalo? Pero la tierna y delicada santa Eulalia sabia muy bien que el camino de los justos es un camino solitario y poco frecuentado; que el mundo tiene siempre á su favor la mayor parte, y que para servir á Dios es preciso apartarse del camino que llevan casi todos los hombres.

Pero yo quiero aprovechar esta ocasion para que me digais dónde está, ó en qué consiste esa incompatibilidad del Evangelio con el mundo. ¿Es incompatible con las obligaciones de la amistad? No, porque solamente la religion puede asegurarnos amigos fieles y sinceros. ¿Lo es con el agradecimiento? No, porque la verdadera virtud es la que forma los buenos corazones. ¿Con la alegría de las conversaciones y concurrencias? ¡Ay, hijos míos! Una conciencia pura es la raíz de la alegría y de los verdaderos placeres. ¿Con el vínculo del matrimonio? Solamente la fe es la que haciendo santa á esta union, la hace

segura é inviolable. ¿Con las correspondencias de la vida civil? No, porque el Evangelio es el que nos hace benignos y afables, y nos persuade que siempre debemos mas á nuestros prójimos de lo que hemos recibido de ellos. ¿Con las funciones de la república? Ah! Si los imperios, los reinos y hasta los pueblos mas pequeños se gobernasen por las máximas del Evangelio, no se verian tantos abusos, no tendria lugar la opresion que se hace sufrir á los débiles, ni la mala fe en los negocios, ni las injusticias; no se veria á la inocencia hecha juguete y víctima del astuto, ni á la sociedad emponzoñada con rencores y envidias, ni finalmente á las pasiones turbar y dividir á los hombres. ¿Quereis saber en qué se opone el Evangelio á la sociedad? Se opone á los vicios que la deshonoran; á las pasiones que la turban, á los excesos que la trastornan, al lujo que introduce en ella la confusion y la miseria; al juego que se ha convertido en locura, y á los continuos artificios y engaños. El Evangelio prohíbe solo los desórdenes que corrompen la sociedad, y asegura la paz y la armonía. El mundo os tendrá por sabios, económicos, políticos; os haréis admirar por vuestros proyectos, por vuestras empresas, por el primor de las obras de vuestras manos; pero si vuestros sentimientos, si vuestro corazon no está gobernado segun el Evangelio, nada sois, nada podeis esperar. Por el contrario, vivid segun Dios, y sereis buenos ciudadanos, buenos esposos, buenos hijos, magistrados rectos, amos moderados, esposas fieles, justas, desinteresadas y caritativas; pobres pacíficos, ricos compasivos... No, no digais que la vida evangélica, que la virtud es incompatible con la vida del mundo, á no ser de un mundo perverso y corrompido, de un mundo que no conoce á Dios, de un mundo enemigo de toda verdad y de toda justicia. Y qué ¿para vivir en el mundo es menester ser traidor, disoluto, sensual, injusto, vengativo é irreligioso? ¿Son por ventura solamente los vicios los que deben unir á los hombres entre sí? ¿No son estos los que los desunen? Si se halla aun en el mundo, si ha quedado buena fe, equidad, humanidad y sinceridad entre los hombres, ¿á quién debemos estos beneficios sino á la religion?

¿Con que ni el mundo, ni nuestra flaqueza, ni nuestro sexo, ni nuestra edad nos disculpan delante de Dios de vuestras imperfecciones y nuestros delitos? Una niña mas frágil que nosotros, mas tierna que nosotros, con ménos conocimientos del

mundo que nosotros, una niña que vivió en el mismo mundo que nosotros, con la misma carne, las mismas pasiones, los mismos enemigos que nosotros ó mayores que nosotros, oyó la voz del Evangelio, observó sus preceptos, dió su vida por su defensa y acreditó con su vida y con su muerte, que no es imposible su cumplimiento, que sus leyes son fáciles y practicables, y su ejemplo disipa, confunde y desvanece las excusas con que queremos justificar nuestra impenitencia y nuestras imperfecciones. Leamos en la vida de nuestra santa patrona, no solo la falsedad, sino tambien la injusticia de los pretextos que alegamos comunmente para excusarnos de cumplir nuestras sagradas obligaciones; leamos que el Evangelio es incompatible con nuestras desarregladas pasiones.

Hijos míos. Si en algun tiempo quisierais dejaros llevar y aceptar los usos y hacer valer las excusas que presenta el mundo contra la virtud y práctica de las máximas cristianas, recordad la vida y el martirio de nuestra patrona santa Eulalia, bajo cuyo amparo os ha puesto el Señor, y vuestra conciencia se levantará contra vosotros mismos y os obligará á confesar que si sirvierais á Dios y tuvierais mas sujetas vuestras infames pasiones, seriais mejores padres, mejores esposos, mejores amos, amigos mas fieles, jueces mas íntegros, que todos seriais mas amantes y mas útiles á vuestros prójimos; que no reinaria entre vosotros la discordia, la calumnia, los insultos y malos deseos. La memoria de nuestra santa nos hará ver á todos constantemente, que la virtud es la que todo lo ordena y que las pasiones desordenadas son las que todo lo turban.

Dios mio: nuestro entendimiento, nuestra razon, nuestra conciencia, nuestros intereses, todo nos insta á vuestro favor, todo nos convida á que nos volvamos á vos; nuestro corazon solamente es el que se rebela. Por la intercesion de nuestra esclarecida patrona santa Eulalia, bajo cuya especial proteccion vive esta parroquia, conceded á todos mis feligreses, y á mí su indigno párroco, no los bienes caducos y perjudiciales del mundo, como suelen ser por lo comun, sino vuestra divina gracia que rompa los lazos que nos aprisionan y tienen atados á nuestros desórdenes, y nós abra el camino para entrar en el cielo por los siglos de los siglos. Amen.